Alrededor de aquel famosísimo, histórico, casi mitológico volcán se extendía una red de ferrocarriles que, con el tiempo y el uso, llegamos a conocer bastante bien. Tanto es así que ella comenzó a llevarse su cámara de fotos y yo comencé a hacer piruetas; y ambos comenzamos a tomarnos los vagones como nuestro patio de recreo. Ella exploraba a través de la luz y yo a través del movimiento: la mirada y el cuerpo. Ambos necesitan del tiempo, y el tiempo y nuestras exploraciones transformaron aquella red de ferrocarriles. No tardamos mucho en moldear los vagones que, de nuestra zona de juegos, pasaron a ser nuestro hogar. Todo el espacio era aprovechado: en los huecos entre los asientos y el suelo construimos bajísimas habitaciones en las que pasábamos las noches y remoloneábamos por las mañanas; los pasajeros pasaron a ser nuestros muebles, siempre cambiantes, móviles, como se supone que tienen que ser realmente los muebles; y los espacios entre vagones fueron utilizados como terrazas o patios donde disfrutábamos del aire y del ruido de la fricción de las ruedas del tren contra los raíles, o donde tendíamos la ropa mojada. Como eran trenes muy antiguos y todavía funcionaban a carbón, la cuestión de la cocina estaba resuelta.

Toda aquella red nos pertenecía, aunque ella y yo siempre pensamos que éramos nosotros más bien quienes pertenecíamos a aquel laberinto de cables, raíles y armatostes de metal, como quien pertenece a una tierra y se siente profundamente arraigado y vinculado a ella. Así nos sentíamos a pesar de haber nacido muy lejos de allí. Nos gustaba amanecer al sur, cuando el sol bañaba por primera vez los cultivos verdes, frondosísimos, que parecían llegar hasta la parte más austral de la península. Llegamos a calcular a la perfección los transbordos que teníamos que hacer para llegar exactamente a mediodía a la cara norte del volcán, justo cuando este empezaba a dar allí su sombra, y así nos cobijábamos en las horas más calurosas. Al atardecer hacíamos el recorrido oeste, el que más se acerca al mar, y lo repetíamos siete u ocho veces de norte a sur y de sur a norte viendo las aguas de aquel mar nuestro engullir al sol hasta el día siguiente. Y en todos aquellos viajes ella lo observaba todo con sus ojos enormes y fotografiaba situaciones, personas u objetos que nadie más podía ver. Yo saltaba de aquí para allá, hablaba con unos y con otros, me tumbaba a vaguear o me colgaba del techo para gastarle a ella alguna broma.

De esta manera pasamos la primavera y los meses estivales, pero al llegar el otoño llegaron también las mejoras técnicas a aquella, por entonces herrumbrosa, red de ferrocarriles. Y al mejorar, nuestro nivel de vida empeoró: cambiaron los antiguos asientos por unos bloques macizos que no dejaban espacio entre el suelo y el asiento propiamente dicho. Los vagones se unieron entré sí por unas piezas de plástico negro y metal, de modo que ya todo el tren era un solo vagón y no había donde tender la ropa. Modernizaron los motores de forma que nos dejaron sin cocina. Bloquearon las ventanillas, automatizaron todo. Incluso los pasajeros, que habían sido

nuestros muebles, nuestros vecinos y nuestros compañeros de juegos parecían bloqueados y automatizados. Todo se volvió rápido y silencioso, limpio y liso. Ya no había donde colgarse, ni sucedía nada que fotografiar porque todo era siempre igual. Antes, pese a que vivíamos en una cierta monotonía, siempre había algo nuevo y sorprendente que mirar, o a lo que acercarse. Nada encontrábamos en esa nueva disposición que fuera digno de nuestro regocijo.

Por eso tuvimos que irnos. Buscamos hogar en otros mecanismos que también se mueven de forma periódica. La sensación de entender el tiempo y de ser capaces de anticiparnos, de prever los cambios nos permitía centrarnos en todas las demás tareas y entretenimientos que nos proponíamos, que era lo que de verdad queríamos hacer. Una vez aprendido el horario de trenes, éramos libres de dirigir nuestra energía y nuestra atención donde quisiéramos. Buscamos en tiovivos y lavadoras, pero nada nos convencía.

Finalmente concluimos, estirando un poco las ideas de Galileo, que es esencialmente lo mismo moverse uno en un entorno o mover el entorno alrededor de uno, toda diferencia estriba en el sistema de referencia que se elija para describir ese movimiento. Así que nos mudamos a la ciudad más bulliciosa, frenética y caótica que se nos ocurrió.

Madrid, junio de 2023.